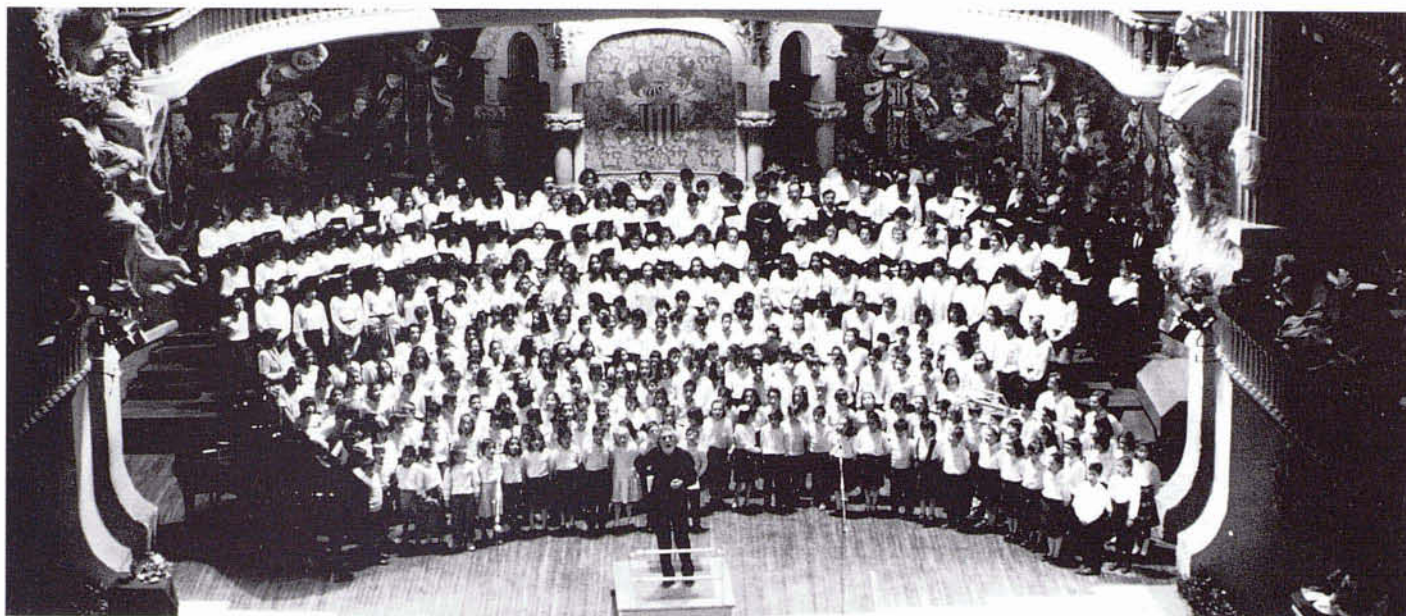


EL CANTO CORAL



CORAL SANT JORDI

© PAU BARCELÓ

EL CANTO CORAL GOZA EN CATALUÑA DE UNA TRADICIÓN, UNA POPULARIDAD Y UN NIVEL DE CALIDAD BRILLANTE, ADEMÁS CONSTITUYE UNA ACTIVIDAD QUE INCLUYE UN IMPORTANTE COMPONENTE SOCIAL.

MIQUEL LLUÍS MUNTANÉ ESCRITOR

Tan cierto es que Cataluña goza de una considerable vitalidad musical como que la vertiente del canto coral, por tradición, popularidad y el nivel de calidad conseguido, se hace merecedora de un análisis particular y detallado.

Comencemos por un poco de historia. Si en los inicios del siglo XIX los ideales románticos impulsaban en París la creación del *Orpheon*, compuesto por cantores aficionados unidos, sólo, por el placer de la interpretación vocal, en Cataluña ese espíritu fue canalizado por Josep Anselm Clavé (1824-

1874) quien, preocupado por mejorar el nivel cultural de las clases populares, impulsó con entusiasmo la creación de coros y la organización de festivales corales.

Si la obra de Clavé se enmarca en el período de renacimiento cultural y político que los historiadores han denominado *La Renaixença*, fue en 1891, precisamente cuando comenzaba a desarrollarse una corriente estética de tanto alcance como el Modernismo, cuando nació el *Orfeó Català*, fundado por dos figuras de gran relieve en el panorama de la música catalana, Lluís Millet y

Amadeu Vives. La entidad iba a convertirse en la vanguardia de un fructífero movimiento que se extendería a lo largo de las dos o tres décadas siguientes: el orfeonismo, rápidamente engrandecido por el sucesivo nacimiento de nuevas formaciones corales, como el *Orfeó de Sants*, el *Orfeó Gracienc*, el *Orfeó Badaloní*, el *Orfeó Manresà*, y muchos otros. Este movimiento perseguía ya, junto a una superación moral y cultural de los miembros de las agrupaciones, una mayor exigencia en los resultados. Por este motivo, las entidades que iban surgiendo procuraban propor-

cionar a los cantores unos conocimientos musicales básicos.

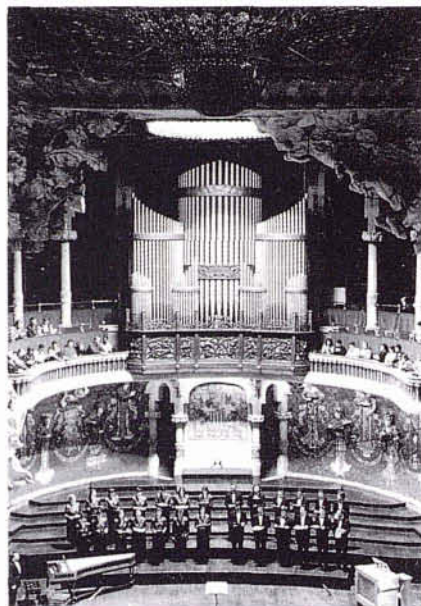
Durante el primer tercio del presente siglo, los orfeones fueron consolidándose y la creación, en 1918, de la *Germanor dels Orfeons de Catalunya* (Hermandad de los Orfeones de Cataluña) contribuyó sensiblemente a ello. Sin embargo, en la situación de pobreza cultural que siguió a la guerra española, los orfeones conocieron sin duda una de las etapas más difíciles de su existencia. Con todo, consiguieron sobreponerse a las dificultades y seguir siendo, en las décadas siguientes, uno de los ámbitos con más destacada influencia en la lenta pero imparable recuperación cultural. Al mismo ritmo que la sociedad catalana iba rehaciéndose del desastre, los orfeones recuperaban su antigua vitalidad y reemprendían con renovado empuje sus trabajos, al tiempo que surgían nuevas formaciones.

En 1951 se crea la *Coral Sant Jordi* por quien es, hoy todavía, su director, el carismático Oriol Martorell. Ésta ha sido una de las formaciones más activas en las últimas décadas y ha conseguido un nivel importante de calidad. Su repertorio incluye polifonía religiosa, canciones populares catalanas y de distintos países y también obra contemporánea. Fue uno de los miembros fundadores de la *Fédération Européenne de Jeunes Chorales*.

En 1960, tras bastantes meses de gestiones, se constituía el Secretariado de los Orfeones de Cataluña, continuador del espíritu de aquella *Germanor* de antes de la guerra. Este organismo se convertirá, en 1982, en la Federación Catalana de Entidades Corales, actualmente vigente y muy activa.

En 1963 se celebraron por primera vez las *Jornadas Internacionales de Canto Coral* en Barcelona. Desde entonces, este acontecimiento ha posibilitado la actuación en nuestro país de más de trescientos coros provenientes de países de todo el mundo. Hoy, las jornadas de septiembre constituyen ya un punto de referencia inexcusable en el amplio abanico de la oferta cultural barcelonesa y son seguidas por un numeroso y entendido público.

Los últimos años se han caracterizado por la paulatina incorporación al ámbito coral de muchos muchachos y mu-



chachas dotados de una buena preparación musical, ya incorporándose a las filas de coros más veteranos, ya constituyendo nuevos grupos con una media de edad alentadoramente baja. Este hecho responde, sobre todo, a la atención que se dispensa a los coros infantiles y juveniles, verdadera cantera de donde salen los nuevos cantores.

En relación con los coros infantiles, es preciso citar una agrupación muy peculiar y prestigiosa: la *Escolania de Montserrat*. Este coro está constituido por unos cincuenta muchachos, dedicados al canto del culto en la Basílica de la Virgen de Montserrat. En sus filas se formaron músicos de la categoría de Joan Cererols, Antoni Soler y Ferran Sors, entre muchos otros, cuenta con una importante discografía de música religiosa y está dirigida en la actualidad por el padre Ireneu Segarra.

De entre las formaciones más notables de estos últimos tiempos —y renunciando a una imposible pretensión exhaustiva—, debe mencionarse la *Coral Càrmina*, creada en Barcelona en 1972, el *Cor Madrigal* y la *Coral Cantiga*. Asimismo, es justo citar algunas entidades que se mantienen desde hace muchos años a un nivel de actividad y calidad muy apreciables, como el *Orfeó Lleidatà*, el *Orfeó Atlàntida* o la *Polifònica de Puig-reig*. Por lo que al *Orfeó Català* se refiere, en la década de los ochenta experimentó una profunda renovación; sus directores durante este período fueron el inglés Simon Johnson y los catalanes Salvador Mas y Jordi Casas.

Hasta aquí una panorámica del canto coral en Cataluña, una actividad que, además del valor de su dimensión artística, incluye también un importante componente social en la medida en que se fundamenta en un esfuerzo colectivo; este aspecto encaja plenamente con una de las virtudes proverbiales del pueblo catalán y se hace evidente en otras manifestaciones culturales muy arraigadas, como los “castellers” o la sardana. El canto coral, pues, goza en Cataluña de una envidiable salud y, si consigue superar —y nada indica lo contrario— el reto que supone la adecuación a una sociedad en continuada y veloz evolución, el paso histórico por el hito del año dos mil puede ser contemplado por un sereno pero decidido optimismo. ■